

FOTOGRAFÍA

bazuquero, boletiar, camellar, campaniar, engramparse, escamoso, gaminería, huevonada, inmamable, muchachón, sicosiar, etc.; b) composición: *aguasal, casquifloja, tumbalocas, etc.*; c) parasíntesis: *aguamasera, chismografiar, chuzografiar, etc.* 2. La motivación semántica o creación de nuevos significados por metáfora o metonimia: *culebra, chispa, vitrinariar, volarse*. 3. La motivación morfosemántica: *amistad, gasolinera, papayazo, atracacunas, coparrota, etc.* 4. La construcción de frases: *perder (uno) los folios, caminarle (uno a algo), pararlo (a uno), ser (alguien) una madre, etc.* Además de otras formas más complejas donde concurren procesos fonéticos, morfológicos, u otros muy sui géneris. Esta creatividad es más evidente en el Léxico jergal, del cual, para configurar la imagen de tal creatividad, extraemos otros procedimientos: 1. Alteración fonética: *atirbar x atisbar, mempo x lempo, recatiar x regatiar, etc.* 2. Metaplasmos: *misaca x camisa, mirdo x dormir, jermu x mujer; chacho x muchacho, ñero x compañero; metra x metralleta, situa x situación, a la fx a la fija, etc.* 3. Sufijación deformante: *carátula, hermanófilo, rarófilo, suavessongo, etc.* 4. Cruce o acción de dos palabras: *movio x mozo y novio, colaborambón x colaborador y lambón, etc.* Préstamos semánticos: *man, flay, etc.* 5. La abundancia de sinónimos, fenómeno derivado (desde el punto de vista lingüístico) de la creatividad con que utiliza la lengua. Estos fenómenos nos muestran que los hablantes de las jergas ponen en práctica todos los procedimientos fonéticos, morfológicos, sintácticos y léxico-semánticos comunes a todo proceso de renovación y recreación léxica.

De los léxicos presentados, el de antioqueñismos es el de más puro sabor regional. No puede decirse lo mismo de los demás, presentados como subconjuntos de la variedad dialectal antioqueña. Como todo buen trabajo académico, cada uno de los léxicos está precedido de su correspondiente marco teórico que ubica al lector en el contexto lingüístico y destaca los principales aspectos identificados. En muchos aspectos se cumplen los propósitos de los autores: elaborar nuevos trabajos que aporten material para los estudios

dialectológicos y lexicográficos del español hablado en Colombia, y con ello se amplíe el conocimiento del habla regional. Su esfuerzo se traduce también en un valioso aporte para el estudio de la dinámica social del lenguaje y el estudio de la estilística del lenguaje cotidiano.

BERNARDO MORALES A.
Departamento de Lingüística
Universidad Nacional de Colombia

Mi reino por un retrato

Retratos

Fotografías de Hernán Díaz; texto de Eduardo Serrano.
Villegas Editores, Santafé de Bogotá, 1993, 128 págs.

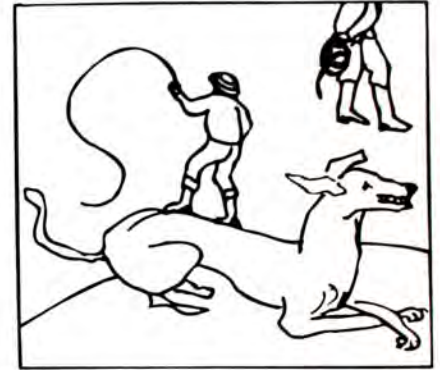
En un texto al final de este libro, el fotógrafo Hernán Díaz dice: "El orden visual, retrospectivo y cronológico de una obra, se convierte inevitablemente en biografía del autor. Por primera vez y gracias a la magia del libro, encuentro unas imágenes jamás vistas, una junto a otra, de personas que en un momento de sus vidas coincidieron frente a mi cámara para celebrar la ceremonia del retrato. Es, pues, un libro abierto a la memoria".

El fotógrafo se presenta en forma absolutamente modesta y cuenta, paso a paso, en pocas páginas, cómo llegó hasta este libro, su última obra publicada.

Hernán Díaz es, sin duda, el fotógrafo vivo más importante de Colombia, con un merecido reconocimiento internacional. Sus retratos son la revelación de los personajes captados por el lente de su cámara.

Con los hombres, más que con las mujeres, tiene una sensibilidad que le permite disparar el obturador y fijar para siempre un gesto, una mirada, que definen el tono exacto de la persona fotografiada. Digo esto, pensando en que sus retratos masculinos son más espontáneos, menos estudiados que la

mayor parte de los de las mujeres. Al menos, es la impresión que siento viendo este libro de retratos.



Él mismo señala la importancia que para un buen retrato tiene el hecho de que haya familiaridad entre el retratado y su entorno. Dice que es necesaria la intimidad entre fotógrafo y retratado para llegar al momento preciso y fijar esa imagen efímera. "[...] los fotógrafos lidiamos con las formas que están a punto de esfumarse, y cuando se han ido, no hay artificio sobre la tierra que las haga regresar". Con esta frase gabolesca, define su sentido de la perpetuidad, para la que se requiere estar a fondo con el elegido para la foto. (En un documental sobre el pintor Lorenzo Jaramillo [q.e.p.d.], explica al realizador Poncho Ospina cómo toma sus retratos. Palabras más, palabras menos, es durante una larga conversación con el pintor, la cámara en una mano cubierta por el brazo cruzado y de cuando en cuando: clic). Esto produce un efecto que inmediatamente se nota. Son retratos, en todo el sentido de la palabra. Están tomados en ese instante preciso en que la persona se revela y en su cara queda marcada su personalidad. Ahí está la magia de Hernán Díaz. Es un artífice de esa mezcla necesaria entre tiempo y espacio conjugados, requisito indispensable de toda buena obra de arte.

Ya dijo alguien que todos tenemos una edad. Somos para siempre la cara de alguna época. La imagen de Sofía Loren que se nos viene a la cabeza al pensar en ella, es bastante más joven de lo que luce hoy en día; o Mick Jagger, por ejemplo. Hernán Díaz es nuestro marcapasos en el tiempo. El Fernando Martínez, el Luis Caballero,

la Isadora de Norden, el Alejandro Obregón que nos pertenecen a todos, en las edades que, por el fotógrafo, serán las de ellos para siempre, están en este libro.

La fragilidad de una foto hace que no sea tan perdurable como otras obras de arte. Su inmediatez, la posibilidad de reproducción infinita y la necesidad imperativa de un artefacto mecánico para su elaboración, hacen que la fotografía sea considerada un "arte menor". Esto suena lógico. Pero hay fotógrafos, y artistas de la fotografía como Cartier Bresson, Maplethorpe, Richard Avedon, Herb Ritz, Brassai, Annie Leibovitz, y otros que con seguridad se me escapan de esta lista. Hernán Díaz, está entre ellos.

La luz, las imágenes escogidas, no sólo sus retratos, Cartagena, por ejemplo, como bien lo menciona Eduardo Serrano en su ensayo al principio del libro, el ángulo escogido para tomar cada escena y el resultado final producto de una técnica impecable lo convierten en un maestro de la imagen.



Por su lente han pasado los personajes centrales de nuestros últimos treinta años de historia. Presidentes, artistas, políticos, hombres de empresa, mujeres famosas de cada época, reinas de belleza, arquitectos, poetas, periodistas, toreros, músicos, etc. Este libro es un resumen de ese trabajo. Como toda síntesis, algunas cosas quedaron por fuera, pero bien explica Hernán Díaz la dificultad que implicó reunir todo el material. Su editor quería seiscientos fotos para hacer la selección, pero fue imposible por problemas de archivo. Afortunadamente, Rafael Moure, quien hace treinta años es la persona que selecciona la obra del fo-

tógrafo, encontró esta colección hoy publicada.

En este libro, además, no importa quiénes son los personajes. Inclusive hay muchos "no famosos", pero son todos excelentes retratos. Buenas fotos tomadas entre 1960 y hoy.

Hay que destacar la labor del editor, que no sólo hizo posible ver todo este material reunido, un catálogo retrospectivo con tres decenios de trabajo, sino que además logró un hermoso libro. La edición de Villegas Editores, bien puede estar en una librería de Bogotá o en una de Nueva York, París o Hong Kong. La calidad del artista y del libro hacen de éste un volumen sin fronteras.

JUAN SIERRA

Mercancía artística fresca

Nueva imagen

Fernando Quiroz, José Hernán Aguilar, Carolina Ponce de León
Ediciones A. Wild-Ediciones Gamma, Cali, 1994, 167 págs., ilustrado

El punto de partida de este libro queda bien expresado en el texto impreso en una de las solapas, el cual habría sido más justo tomarlo como introducción: "Volvamos a 1980. En Colombia la pintura estaba en crisis, la escultura decaía, el dibujo se refugiaba en unos pocos nombres. Eran los años del arte conceptual [...] Al comenzar los ochenta, un grupo de jóvenes nacidos entre 1950 y 1960 [...] empezó a reivindicar lo que la generación anterior consideraba caduco [...] La crítica, cuyo agotamiento era visible al finalizar los setenta, cobró un nuevo impulso y el público, tan desconcertado por esos años, volvió a encontrar en la pintura, el dibujo y la escultura una fuente de gozo y deleite". Y las galerías, podría agregarse, encontraron de nuevo mercancías frescas para ofrecer en venta, y los interesados, renovadas opciones para la valorización del capital y la decoración de interiores.

Los artistas incluidos en el libro —tomen nota los interesados— según el galerista y coeditor Alfred Wild, "podrían ser a corto o mediano plazo los nuevos maestros de la pintura colombiana y latinoamericana. En modo alguno pretenden canonizar una lista o imponer unas determinadas ideas y valores". ¿Libro altruista de una galería de vanguardia?

Sin duda, uno de los propósitos es dejar establecida la existencia de un arte plástico no "conceptual", hecho por creadores nacidos en los años cincuenta. Para ello se presentan cinco obras de diecinueve artistas, acompañadas de tres textos de críticos de la misma "generación". La edición es de excelente calidad y buen gusto, rebajado únicamente por las desbordadas y arbitrarias intervenciones digitales en los retratos de los participantes, que dejan un molesto sabor psicodélico, ajeno a la década de los ochenta.

Fernando Quiroz, en su artículo "La resurrección del color", logra demostrar que es relativamente simple escribir un texto que, sin ocuparse de la historia ni de la crítica, parezca que adopta ambas perspectivas. El autor cree que, contrario a la evidencia presentada, "el expresionismo es prácticamente un común denominador en la obra de estos jóvenes" (pág. 13). Habla alegremente de una generación salvadora y "reactivadora" de la pintura, que ocupa (¿cuál no?) "un momento clave en la historia del arte colombiano" (pág. 15). Los artistas que la representan son ponderados, entre otras cosas, porque "han tratado de permanecer al día, de estar siempre actualizados" (pág. 15), como si la profesión de la pintura fuera equiparable a la medicina o a la ingeniería de sistemas que exigen "estar al día". Acompañando este texto aparecen las obras de Marta Combariza, Fernando Dávila, Danilo Dueñas, Jaime Iregui, Lorenzo Jaramillo y Víctor Laignelet.

José Hernán Aguilar, en "Balas privadas, corazones públicos, parte de considerar el panorama social de Colombia en los años ochenta. Para el autor, "los artistas más interesantes fueron aquellos que obtuvieron una sofisticación visual al filtrar lecciones foráneas, mezclándolas con actitudes vitalmente colombianas" (pág. 55). Podría decirse que Aguilar intenta un acercamiento